

Poemas de Carmen Villoro

Carmen Villoro (México, D. F., 1958). Su escritura abarca diversos géneros: la poesía, principalmente, pero también el cuento infantil y el ensayo, y también ha preparado diversas antologías, la más famosa de ellas, *Mujeres que besan y tiemblan* (Planeta, varias ediciones). Entre sus títulos de poesía se encuentran: *Que no se vaya el viento* (1990), *Delfín desde el principio* (1993), *La media luna* (1993), *Herida luz* (1995), *El habitante* (1997), *Jugo de naranja* (2000), *En un lugar geométrico* (2001), *Marcador final* (2002), *Obra negra* (2002), *El tiempo alguna vez* (2004), y *Espiga antes del viento* (Antología, 2011). También ha publicado el volumen de cuentos infantiles *Amarina y el viejo Pesadilla* (1996). En 2012, publicó en la Editorial Rayuela, de Guadalajara, un volumen misceláneo sobre la lectura, *La algarabía de la palabra escrita*, en el marco del Día Mundial del libro.

Es miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte. Entre los premios, becas y distinciones que ha recibido se encuentran el premio del Fondo Nacional de Cultura y las Artes, en la categoría de Jóvenes creadores en 1990 y la mención honorífica del premio de cuento infantil FILIJ, de 1993, “Su poética se caracteriza por una sensualidad directa, repleta de mitos e imágenes sorprendentes”, afirma Manuel Francisco Reina.

Hace algunos años, en una entrevista, expresó: “Me doy cuenta de que a lo largo de mi obra se repiten los temas cotidianos. Hay una preocupación, un interés especial en lo pequeño y aparentemente insignificante, como pueden ser los objetos, un gesto, una acción nimia. Creo que existe en mi trabajo el propósito de resignificar esos asuntos y verlos con una mirada más profunda, devolverles su importancia perdida”.

Zona de fumar

El cigarro es la soledad que uno elige.

César Luis Menotti

Miro a esas mujeres que fuman sus cigarros
como si hicieran el amor.

Una de ellas desprende la cintilla de celofán
con la gravedad de quien desabrocha un cinturón
o desanuda una corbata.

Otra acaricia con tres dedos la lisura blanca
anticipando un fuego conocido,
queriendo retrasarlo.

Hay la que lo detiene con los labios
disfrutando su peso,
su seca desnudez
y después lo humedece para volverlo propio.

La primera lo absorbe hasta el abismo,
se hace un poco de daño
para sentir que existe.

La segunda lo mira iluminarse
y consume en secreto sus recuerdos.

La tercera sacude la ceniza,
mira el humo
como quien se despide en una calle solitaria.

Una lo apaga con pequeños golpes,
sabe de espasmos.

Otra lo tira al piso, lo tritura
y esa violencia la desquicia suavemente.

La tercera lo deja consumirse
porque no le gusta apresurar ningún desprendimiento.

Parece que platican,
desayunan en este restorán,
piden la cuenta, así, como si nada.

Pero sus cuerpos habitan otra realidad,
sus almas vibran,
su soledad salvaje las denuncia.

Seven Eleven

El *Seven Eleven* me da serenidad.
Cuando me aborda la desolación
ese vacío irrepresentable
que se aloja en el cuerpo
como una memoria fina y sin palabras,
camino rumbo al *Seven* a comprar mis cigarros.
Siempre en la misma esquina y siempre abierto
ese establecimiento me hace sentir
que hay algo inamovible,
alguien en quién confiar aunque sea tarde.

De día o de noche guarda la misma luz,
un halo atemporal tan necesario
para alguien como yo, que aún teme a la noche,
y piensa que la vida es algo que se pierde
irremediabilmente.

De pronto ahí está el *Seven*
con sus franjas alegres verdes y naranjas,
el piso de cerámica industrial,
los amplios refrigeradores siempre limpios.

He pensado si este bienestar tendrá algo que ver
con aquella tiendita de la infancia
y creo que no.

No es la nostalgia lo que me lleva ahí,
es el reverso, quizá, de la nostalgia,
el presente absoluto ante esos mostradores
que me recuerdan más a una juguetería.
La niña que descubre la inmensa variedad
de las galletas,
no es la niña de ayer, es una niña actual
ante la oferta de colores, de diseños,
de formas:
envolturas, cajitas, latas, frascos,
los objetos pequeños y aprehensibles
que dan un íntimo sentido a la existencia.

Tomo mi *Coca*, como siempre,
la primera en la fila del refrigerador
y los otros refrescos se deslizan.
Ahí están las maquinitas del café,
los vasos de sólido cartón,
tapas, popotes, sobrecitos.
Sobre otro mostrador, tres salchichas brillantes
dan vuelta sobre la parrilla encendida.

Todo parece funcionar al margen de los hombres.
No importa si alguien tuvo que limpiar,
acomodar productos, conectar aparatos,
no importa ni siquiera si conozco al empleado
que me cobra, si quiero saludarlo.
No voy al *Seven* en busca de compañía o afecto

sino de un orden simple
que pertenece más a los enseres.

Cada quien tiene su *Seven*,
algunos tienen su *Oxxo*.
Es cuestión de colores o de marcas.
Pero los solitarios nos damos cita ahí,
repetimos los mismos movimientos
y sin intercambiar palabras,
entendemos.

Resbaladillas

I

Hay un parque pequeño
en el fondo del cuerpo
reflejo de este parque
casi cierto.

II

Suspendido,
entre el aire y el cuerpo,
el aliento toma la ruta de bajada,
y es la ruta que ayer,
ahora recuerdo,
dibujé en diagonal
sobre una estampa.
Se detiene el domingo,
la tarde se dilata,
el parque se desliza a mis costados
y crezco para abajo,
hasta la tierra.

III

Contra el color del pasto
me despeño;
contra la luz del día que se disipa
y deja los juguetes solos,
demasiado oscuros.
Contra el ceño fruncido del abuelo
y la tarea engañosa,
me despeño.
Contra el divorcio,
en fin,
contra el dentista,
me queda la resbaladilla
y me despeño.

IV

Es asunto de amores
resbalarse,
tocar un cuerpo breve
con la punta del tiempo.
Subir, subir primero
hasta donde la boca es higo
y es semilla.
Quedarse ahí,
palpitando, y luego,

el impulso que baja
por las formas calladas,
la vida que se junta,
los pies que alcanzan la tibieza del parque.

V

Saltando
cabe
la tarde
audaz
en los pulmones.

VI

Arriba y abajo,
está la infancia,
en medio,
permanece el instante.
Tomo la decisión con desenfado
y me deslizo.
En el estómago
se aprieta el mes de agosto.

Paréntesis

Hacer paréntesis es entrar en una dimensión distinta, como cuando uno se despoja de las ropas y el cansancio y se introduce en el agua tibia de una tina. Mi primer acercamiento a la concepción del paréntesis la encuentro en el recreo, ese momento en que sonaba el timbre y entrábamos en el espacio atemporal donde el juego, el sol, las golosinas, nos regresaban la infancia olvidada en los cuadernos. Luego supe que había paréntesis, atemporales también, pero más largos: las vacaciones cambiaban de signo el mundo, no importaba que permaneciéramos en la misma ciudad; la casa, los padres, los amigos, hasta la misma luz eran distintos. Después entendí que el amor era un paréntesis. Ya podía desplomarse el mundo entero si los labios se tocaban húmedos, si las manos encontraban otras manos dispuestas, si el cuerpo todo se abandonaba al contacto de otro cuerpo. Estas imágenes conllevan la sensación de gozo. Me pregunto si hay paréntesis duros o difíciles. ¿Era la tarea un paréntesis?, ¿la cita con el dentista? ¿Es hacer un paréntesis recoger la cocina, lavar los trastes, hacer fila en una oficina pública para pagar los impuestos? No, estas experiencias, si bien implican un cambio de actividad, una inserción abrupta en el fluir del día, deberían estar encerradas entre corchetes, que son rígidos y angulosos, fríos como todo lo marcado por la línea recta. Los paréntesis son curvos; cada uno de ellos -el que abre y el que cierra- indican pausas suaves, transiciones amables por las que puede resbalarse el tiempo como una gota de agua sobre la superficie de una fruta. Los signos del paréntesis no encierran, protegen; no enmarcan, cuidan. Entre el menguante y el creciente del paréntesis sólo tiene cabida la poesía.

Además del gozo, el paréntesis está tocado por la lentitud. Con el paréntesis disminuye la velocidad del discurso, se frena el pensamiento, se permite la reflexión. Cuando aparece el paréntesis se ejecuta un salto de nivel, una invitación a cambiar la extensión por la profundidad, por eso sus signos sugieren las capas de una cebolla: un paréntesis adentro de un paréntesis, adentro de un paréntesis y sucesivamente, podría llevarnos al núcleo, a Dios, a la verdad.

En el mundo adulto no hay recreo y las vacaciones se reducen tan sólo a un par de días, pero existen otras actividades encerradas (no me gusta la palabra), contenidas entre paréntesis: la sobremesa, la contemplación de una fogata, la siesta, el cine y el fútbol; pero ninguna más cercana a mi concepción del paréntesis que la lectura, experiencia de gozo, lentitud, profundidad. Abrir un libro o una revista en medio de la prisa es reconciliarse con el niño atemporal, el hombre mágico, el ser pensante, todo al mismo tiempo. No es casual que los niños cuando aprenden a leer - los codos en la mesa- coloquen su cabeza entre las manos y éstas sostengan con su curvatura el rostro, de la misma manera que los signos detienen las palabras.

A veces me pregunto si el tiempo de la vida se encuentra entre paréntesis. Si es ella un inciso dentro de otra frase; si antes y después existe una oración que puede retomarse. Pero como no tengo la respuesta, me regreso a la imagen de la tina tibia mientras pienso que ya ni chingan los arquitectos de ahora que sólo ponen regaderas en los baños.

Lejos de casa

Miran hacia delante como las vías del tren.
Del pasado les queda
alguna pertenencia:
una fotografía,
un recuerdo fugaz,
algún aroma que se desvanece
con el amanecer.

Su presente tiene la dimensión
de sus zapatos:
única patria temporal,
único hogar seguro.

Desafiantes abordan la distancia
como quien decide
dominar a una bestia
sentándose en su lomo.
Una victoria íntima
alimenta sus sueños:
cruzar el vacío
como quien cruza una frontera.

Cuando escucho el lamento del tren
pienso que ahí van ellos,

los ángeles de hierro,
los guerreros del tiempo
dispuestos a atravesar los llanos
heridos por la noche
y ese silbido grave
me abre un país inhóspito
el pecho.

La chancla de hule

La cubrirá la arena;
una oleada de mar la arrojará al abismo.
Mas, que puedo yo hacer por esta chancla,
no tiene par, no es mía,
nada tiene que hacer en esta playa,
tampoco en otra parte encontrará su sitio.
Pero algo me detiene junto a ella.
Si hay hombres que se sienten seguros junto al mar,
si en la selva o en el monte recuperan
la biología perdida
o el correr milenario de su sangre
se escucha nuevamente junto a un río,
hay otros que se sienten confortados,
nos sentimos,
por una llanta vieja o un paraguas.
Seres cuyo paisaje
de alcantarillas y de elevadores
nos da el sosiego que a otros
el halo de la luna les otorga.
Siento junto a esta chancla
lo que sentí otras veces
cuando al dejar la oscuridad del campo,
su silencio,
el valle abierto,

la carretera larga como el tiempo,
la ciudad con sus luces
se presentó a su amparo.
Nada menos humano
que un hule que no sirve
pero en ella se encuentra quizá todo:
la huella de unos pies,
la intimidad de un baño,
el olor de una toalla,
el miedo que a la muerte le tenemos.
"El hombre y sus objetos", he de pensar un rato;
a mis manos regresarán la pala y la cubeta
con las que hace treinta años cavé un foso
que el mar llenó de pronto,
la camiseta roja, la diadema,
el sombrero de paja en la silla de lona
donde quedó marcado para esfumarse pronto
la silueta húmeda de un cuerpo.

Y todo por la chancla
que alguien olvidó
sobre la arena.

Jugo de naranja

Todos los días, el jugo de naranja marca el inicio. No puede ser el vaso más dichoso con ese amanecer que lo colma por dentro y lo convierte en un astro. Deja que te despierte en los labios, que recorra tu cuerpo con una brisa fresca, amarilla. El ácido disuelve los temores; su luz madura alivia las heridas. En la mesa del desayuno se signa el día para que avances por él como la sombra plácida que camina sobre un reloj de sol.

Hay un pacto secreto

I

Hay un pacto secreto
con la ciudad de origen.
Puedes odiarla, incluso aborrecerla,
hablar mal de sus humos,
de sus parques quebrados,
del ruido que te acecha
en el borde del sueño.
Puedes decir si quieres
que has perdido el rumbo
y el sentido
y hasta la juventud
y hasta el mismo fastidio
en cordones de asfalto y horas huecas;
que tu pie se hizo viejo
en un clutch delirante,
que la úlcera péptica se debe al chocolate,
al alcohol, al cigarro,
tanto como al desfile
de anuncios luminosos;
que tu infancia
se la llevaron toda
con las obras del Metro
y dejaron tan sólo

un futuro planeta,
una nave espacial
en donde ahora venden hamburguesas.
Puedes decirme entonces
que es el mal de los siglos que han pasado,
que te pesan treinta años en el cuerpo,
que malditos los días de la modernidad
que te consume.
Puedes abandonar esa ciudad,
buscar mejores climas,
cambiarte la playera,
ensayar un papel
sobre escenarios más salubres.
Pero no puedes olvidarla
porque el aire que pasa por sus puentes
aún alcanza los pliegues de tu falda
y tus pasos nocturnos
aún resuenan en sus calles vacías.

II

Bajo las charcas y las hojas,
entre tubos de dientes y tubos de drenaje,
en el fluir callado de los cuerpos,
en los cuerpos desnudos tras las puertas,
en el barrio que nombro cuando sueño,
en los escombros frágiles,
en los cables perfectos y doblados,
bajo las arrugas del parque,

metida por los corredores,
mezclada con la lluvia,
en el fulgor de aquella marquesina,
en el café,
en el polvo,
en el periódico,
en el cabello despeinado por el aire inquieto,
en el secreto de las alcantarillas,
acomodada entre las conchas
y los cuernos de la panadería,
en el diablito de una bicicleta,
en el vivero,
en el beso fugaz,
debajo del uniforme,
entre los muslos de la noche,
junto al estanquillo,
a orillas de la tarde,
desvanecida entre la zona roja y la rosa,
en la glorieta,
bajo los frenos de aire del camión,
en medio de la calle,
adentro de un tinaco,
abajo de tu espalda,
entre tus labios,
en tu pecho,
respira la ciudad,
prudente.

Escoba

Eres un gallo surrealista, escoba.
Con la cresta hacia abajo
pintas la madrugada,
borras la luna en el papel del cielo.

Es tu rezo de espigas un anuncio.
Si mueves tu cintura de provincia
amanecen los pájaros.

Rascas la calva gris del pavimento,
las calles sueltan otra vez las trenzas,
algunos coches comienzan a ser ríos.

Barres con esas largas
las sombras que cayeron de los árboles.
Cuelgan de las persianas racimos de agua.

Tiende la luz
entusiasmos recientes en las cuerdas del aire.
Tu voz de lija blanca despeja otras ciudades.

Yo despierto.

El punto sobre la *i*

Dejar la *i* sin punto produce un malestar inaudito, es como dejar un cajón abierto, o no encontrar el otro calcetín o perder una pieza, la última, del rompecabezas. Cuando ponemos el punto sobre la *i*, exactamente encima, ni más a la izquierda ni más a la derecha, lo suficientemente separado para que se note pero no demasiado lejos de, digamos, el tallo de la *i*, el mundo se acomoda y florece. Sí, porque ese puntito, aunque pequeño, es una flor que adorna la tipografía, que le da gracia, vamos. ¿A quién se le ocurrió? ¿Quién lo supo dejar bailando, suspendido en el aire, para que todos supiéramos que la *i* denota ligereza y que en la palabra “ligereza” debe haber una *i* como también en la palabra “espíritu” que tiene dos, pero una acentuada que le da otro carácter a la primera *i*.

“Poner el punto sobre la *i*” en la vida diaria significa decir lo que se tiene que decir cuando se tiene que decir. Señalar con precisión y tino una situación cualquiera. ¡Cómo he dejado las *ies* descabezadas a lo largo de mi historia! Sucede que el discurso sigue y que cuando quiere uno poner el punto sobre la *i* lo pone sobre la *m* porque en la vida ya no se puede regresar. Y esas *ies* sin punto ni gloria son como volcancitos tapados, sin salida ni fumarola, y algún día explotan así nomás, sin avisar. Por eso los terapeutas se la pasan recogiendo puntos de *ies* caídos en la alfombra del consultorio. Cuando alguien te dice que encontrar una moneda en el suelo es asunto de buena suerte, lo que quiere decir es que encontraste el punto de una *i* y que ahora lo puedes poner en su lugar.

El punto sobre la *i* se mantiene gravitando como una estrella en el cielo del renglón. Por eso la palabra “tililar” tiene sus *ies* muy bien acomodadas en sus órbitas invisibles y uno siente la armonía del cosmos

concentrada en una palabra. Cuando se escribe en manuscrito, uno ejercita la acción de poner el punto sobre la *i*, lo que nos hace más acertivos y seguros, con mejores resultados que los que se obtienen de un libro de autoayuda. Lástima que la máquina de escribir y la computadora impriman la *i* y el punto al mismo tiempo, como si fueran un mismo cuerpo y no hubiera aire de por medio. Pero todos sabemos que el punto sobre la *i* tiene vida propia, que aunque ponga las cosas en su sitio, lo hace con ironía, que es juguetón y le gusta salpicar la página y reír; sobre todo reírse del acento que se toma las cosas tan en serio.

Destierro

La patria no es otra cosa
que la infancia perdida:
una calle en el barrio de Mixcoac,
el patio de una escuela,
la canción aprendida
en el autobús de una excursión.
Un asunto de nostalgia
que crece con la distancia.
Reminiscencias que se desgranán
al interior del cuerpo
para evocar en la memoria
el sabor de una sopa,
el color de un juguete
al fondo del jardín,
las páginas de un libro en la primaria.
Desarraigados para siempre de la infancia
creamos la ilusión de pertenencia
a una casa mayor que nos contenga;
deseo de unidad
que nos vuelve grupo, tribu, masa
cuando reconocemos en el otro
un gesto familiar, un acento conocido.
La soledad nos vuelve compatriotas
en las tribunas del estadio de fútbol

y hasta en la guerra;
nos alimenta un fanatismo idiota.
El destierro nos viste de colores precisos
de himnos y banderas
que cubren el dolor
de no poder regresar jamás
a la primera casa.

Campo de girasoles en Portugal

Gira, mi sol eterno.
Siémbrame en el alma
una canción canaria.

Enamórame lento,
como al valle
que derrama hortalizas por el campo.
Es el tímido acento que te cubre
y esa osada manera de inclinar la cabeza
lo que embriaga mi vista y reflexiono:
Afortunado oficio del poeta,
buscar el sol
y encontrarlo sembrado entre las flores.

Campo amado

Tu tierra fértil y segura
Tu savia reposada en años
Tu vertiente de río turbulento
Tus árboles internos como arterias
Tu abono de paciencia
Tus íntimos establos
Tu invernadero inquieto
Tu pastizal de sombras
Tus granjas enemigas
Tu musgo germinal
Tu ardiente mediodía
Tus vestigios de miel
Tus sueños ácidos
Tus retoños silvestres
Tus veredas cerradas
Tus cerros suaves
Tu brisa matinal
Tus frutos secos
Tus vigiliias lodosas
Tu tejado encendido
Tus torrentes secretos
Tu arroyuelo de luz
Tus astros calcinados

Tu follaje de niebla
Tus piedras entumidas
Tus pasturas nutrientes
Tu leña atormentada
Tus baldosas silentes

Tu agua quieta
Tu porvenir de frutos
Tus hiedras adheridas
Tus estallidos púrpura y violeta
Tu lenguaje de hogueras
Tus caricias curtidas
Tu sal, tu voz, tu almizcle
Echa raíces en mi ciudad pequeña
En mi casa sin puertas
En mi jardín oculto
En mi palabra estrecha.

Bondades y peligros de la coma

En la ciudad cosmopolita de New Word, las comas se volvieron el objeto de consumo máspreciado. Los habitantes, casi todos ellos ejecutivos de portafolio y empresarias de tacón, tenían ante sí tal cantidad de actividades diarias y tan poco tiempo para realizar cada una de ellas que al final del día el agotamiento los vencía y el índice de enfermedades cardiovasculares aumentó considerablemente. Una jornada de un ciudadano cualquiera consistía en: levantarse lavarse los dientes vestirse peinarse tomar un jugo de empaque del refrigerador beberlo a grandes tragos (la ausencia de comas hacía que a veces quisieran beberse el refrigerador en vez del jugo) echar a andar el automóvil sin esperar a que se calentara el motor (también los aparatos sufrían las secuelas de esta ciudad siempre de prisa y acababan inservibles, tirados como basura en las afueras de la urbe porque terrenos baldíos ya no había) hacer sólo media hora de ejercicio comer un desayuno prefabricado llegar a la oficina derrapando llanta buscar un estacionamiento lo más cerca posible correr hasta la entrada para checar la tarjeta de control casi siempre con ya algunos minutos de tardanza (la falta de comas provocaba que el “casi siempre” quedara asociado a la acción de checar la tarjeta, ocasionando fuertes reprimendas por parte de los jefes) que serían descontados en el sueldo resolver los pendientes acumulados (¿cómo resolver los pendientes en el sueldo?, se preguntaban confundidos los que no tenían comas) sobre el escritorio hablar cuarentaicinco veces por teléfono (como no tenían comas se subían al escritorio a hacer las llamadas con tan poco refinamiento) escribir más pendientes en la lista ir al ministerio de trámites diversos (pero a veces la lista no tenía gasolina o no

quería arrancar) a hacer una solicitud o levantar una queja hacer cola en el banco en otro banco en otro banco llevar la contabilidad que nunca queda bien regresar a la oficina a contestar llamadas salir a comprar cualquier cosa grasosa de comer volver porque ahora hay junta todos los días hay junta y se discute se discute y luego elaborar el memorandum el acta resolver los pendientes nuevos tomar el coche de regreso pasar a la gasolinera a comprar víveres para preparar la cena (la carencia de comas les hacía pensar que los víveres se compraban en las gasolineras y ahí estaban los pobres preguntando por lechugas donde no las había) de la noche porque los invitados llegan pronto y piden whisky y quieren bocadillos que facilitan las relaciones públicas bañarse nuevamente vestirse perfumarse arreglar los floreros cuando todos se han ido (así, sin comas, les daba por arreglar los floreros cuando ya todos se habían ido) recoger vasos platos manteles ceniceros migajas y al propio cuerpo acomodarlo en una cama soñar entonces con aquello que quedó por hacer y no dio tiempo y mañana espera. En esta ciudad de tanta velocidad en las acciones las comas fueron primero despreciadas porque bajaban los índices de productividad de las empresas y llegaron incluso a prohibirse no sólo en los ámbitos de trabajo sino en los gimnasios, los restaurantes, los cines y los parques. Pero como pasa con todo lo prohibido, surgió un mercado negro de comas en el que se vendían a altos precios. Quien poseía una coma podía, por ejemplo, usarla como toalla mientras hacía ejercicio y detenerse un momento para secarse con ella el sudor de la frente que era mucho porque todos se ganaban la vida con el sudor de su frente, y con ello bajar el ritmo de la respiración. Porque las comas tenían usos diversos. Podían fumarse lentamente entre una llamada telefónica y la otra y había comas de tanta calidad que podían extenderse como un diván y el dueño de la coma dormitar sobre ella una ligera siesta. Había comas musicales con ritmos muy variados como swing, blues o jazz, al gusto del consumidor y que

podían ponerse en un aparatito entre una acción y otra. Si alguien atesoraba algunas comas durante la semana y las llevaba a un restorán podía pedir platillos complicados de comer como alcachofas, caracoles, camarones para pelar despacio. Había comas estéticas que se convertían en pinceles o en versos para los muy sofisticados y para los sencillos de personalidad había comas pequeñas que podían sembrar en sus jardines y de ellas salían flores y otras comas con las que se armaban sillas que sacaban a la banqueta para sentarse en ellas a conversar y a escuchar a los pájaros que no sabían qué era eso de no tener comas y regresaban por las tardes a dormir en los árboles. Hubo quien se hizo adicto a las comas y, como todo lo que es consumido en exceso causa daño, enfermó. Disminuyeron los males cardiovasculares pero surgió un cuadro clínico grave: el estado de coma, que consiste en ponerle tal cantidad de comas a la vida que el individuo ya no puede realizar acción alguna.

Bajo amorosa sombra

Cúrame en tus manos,
toca de mí el olvido
que se fue acomodando entre los pliegues.
No venga la tormenta a amordazar mis sueños,
sólo esta lluvia suave, vespertina
despierte en mí los pétalos dormidos.
Desnúdame en silencio,
hoja por hoja
hasta dejar al descubierto el punto
del estremecimiento.
No debe haber estrépitos
que vulneren la calma de mi piel
tendida para ti como un estanque
en donde sólo el toque de tus labios
perturba la quietud.
No quiero los platillos
festejando con notas deslumbrantes
la pasión de los cuerpos,
ni los timbales ebrios
apurando la noche;
sólo la melodía de una flauta
tenue pero sinuosa
que adormezca con ritmo acompasado

estos miedos que vas quitando al paso.
Disuelve con tus dedos
el dolor y sus máculas guardadas
en rincones ocultos;
que se adelgace el tiempo
con tu humedad benigna
hasta llegar al límite de lo que no ha sufrido
magulladura alguna.
Devuélvele la paz a mis palabras
deseosas de ser playas
donde arriben tus barcas sigilosas.
Este amor en penumbra
aluzas más que el sol
la gruta en que se había escondido
una parte de mí,
tal vez la más secreta.
Acerca con prudencia
toda tu voz, tus años, tu tibieza
y cuídame despacio
como a una flor quebrada
que revive por fin
bajo amorosa sombra.

Ángeles

Sus pies apenas tocan los andamios,
sus brazos se apoyan en latas de pintura
vacías y ligeras,
su fuerza se desplaza
sobre delgadas tablas que cruzan el abismo.
No saben que son dioses,
que edifican destinos
y que la mezcla en sus manos
fecunda los espacios
y hace crecer las sombras.
Son ángeles de piedra,
tallas de polvo,
gárgolas cuya sangre
pone en movimiento las fachadas
y vuelve los deseos góticos posibles.
Sus objetos sagrados descansan en el suelo:
un radio, unos zapatos, un fresco.
Por la tarde descienden,
guardan sus alas rotas
y el edificio en construcción
mira crecer su soledad
desangelado y gris.

Amatorio

Desnuda

me miro en el espejo perturbable.

No tengo rostro

mi signo del zodiaco es el desorden.

Sola estoy

cuando podría ser otra vez el lento

obstinado presagio de tus dedos.

Este es sólo el exordio del placer.

Después vendrá la imagen de tu boca

atravesando un claro en la arboleda.

Vendrá la llama tibia como el gato.

Oscura la garganta se tragará tu nombre

oscuro de saliva.

Vendrán la lengua y tus rodillas.

Escucha cómo suena el otoño en las ingles:

gástame el vientre

exacerba mi boca

altera mi silueta

rasga esta tarde hasta la pura muerte
degrada este silencio
denso como una zorra
devasta quiebra
asola mi virtual desatino.

Sólo imaginación.

Sólo un espejo.

La humedad que te grita desde el bosque.